

GLOSARIO

TODAS estas etapas de crisis y de convulsiones revolucionarias—Chile no ha escapado a la regla y lleva ya ocho años tratando de encontrarse a sí mismo—encierran también en la médula un desorden de la mente. En todas partes se oye la palabra desorientación. Calza en todo, a todo se la aplica. Se vive como en medio de una espesa atmósfera de incertidumbre, con los instintos en acecho y también los instintos aparecen desorientados. Pero ¿y la cultura?.. Habría que darles a los hombres un mínimum de cultura para ponerles en situación de comprender su destino. Abandonados a su suerte, es natural que determinada clase de libros sólo sirva para exasperar su tremenda condición social de vacío y desesperanza. Ciertos libros obran como estupefacientes en su miseria moral o en su abandono espiritual; ni siquiera dignifican los pensamientos porque la interpretación de ellos, es a menudo arbitraria o pueril. En cambio, otros libros sirven como estimulantes, ayudan a penetrar con un seguro envión, en el verdadero sentido de la naturaleza humana.

En Chile hemos abandonado este rubro de la vida educacional. Quizá con raras excepciones, nunca lo hayamos considerado en su exacta realidad. Cada lector ha sido el rey de sí mismo. Unos han gozado con mayor largueza que otros. Y es que no ha existido la obra de difusión, científica y noblemente comprendida. La escuela, salvo casos aislados, no sirvió nunca de guía. Y la biblioteca que debió ser un organismo vivo, de avanzada en el corazón y en la inteligencia de las sociedades, permaneció siempre aislada, y hermética, sintiendo llover sobre sus anaqueles, la herrumbre insensible de la inercia. Como a un pozo profundo, rodaban libros y más libros, amontonándose en la ineficacia de su obligado destino. A lo largo de sus paredes se abrían nuevas estanterías y allí, para emplear una expresión ya usada, se alineaban, como en los nichos de un cementerio, los libros que la voluntad creadora había destinado a una función más vital. Agonizaban de silencio e inacción.

Ciertamente, no todos los hombres tienen las mismas tendencias y los mismos deseos. No a todos les es dado gozar de un tiempo igual para sus lecturas. Por eso en otros países la biblioteca persigue a los hombres; los detiene en su camino para señalarles un rumbo. Es decir la biblioteca cumple con la misión tutelar que es la esencia misma de su razón de ser. No se amodorra en espera del lector curioso, o del erudito que necesita satisfacer una consulta. Sale de sí misma, rompe la monotonía del medio adormecido y llama a los hombres para entregarles, para su deleite o para rectificar su camino, la expresión del pensamiento o las formas sencillas de la emoción y de la verdad. En determinadas circunstancias, los trabajadores—llámeseles como se quiera—necesitan de guías en sus lecturas. Necesitan, para usar de otra palabra, «rumberos» que los orienten en la selva inextricable, que forman los libros y las ideas. Como en las otras selvas de la naturaleza, hay en estas de la cultura, sorpresas y traiciones, que agotan a la víctimas.

Las irritaciones complejas y violentas del organismo social, provienen en ocasiones, de esta angustiosa soledad en que se deja a los desvalidos de la cultura. Porque esta debe ser, al fin de cuentas esencialmente humana, a fin de que pueda darle al hombre la medida de sus fuerzas y de sus límites, la medida de su exacta posición en la vida. Para los hombres que han seguido una instrucción más o menos ordenada en un Liceo, pongamos por caso,—aunque esto no sea lo más definitivo—suelen parecerles inexplicables estas irritaciones agresivas; pero es que esos hombres no pueden colocarse en el mismo nivel de comprensión del que carece del beneficio de una cultura relativamente ordenada. Para éstos, el opio es mortal; para los otros, puede reducirse al mero estremecimiento de la sensibilidad, sin dejar otra huella que la sensación física del encanto del estilo, o la suave resonancia de algunas ideas. Es enteramente diverso leer al azar, con hambre, con desolación, sintiendo el vacío y el abandono, a leer con el estómago en paz...

Por lo menos, se sabe, científicamente, que los hartazgos desordenados del que ha padecido o padece hambre, en todas las formas, provocan agudos trastornos... Los seres indefensos, irritados por las injusticias, por las agitaciones anárquicas artificiales, buscan en los libros que el industrialismo amontona en las librerías y kioskos, lo mismo que el hombre de erotismo agudo en las obras pornográficas, únicamente lo que sirve para exaltar su rabia o su rencor sexual.

«La lectura, sabiamente difundida, ha escrito Dubreill, es el único instrumento de perfección social que poseemos.» Creo

que en nuestro país no le hemos atribuído toda la importancia a esta verdad. Se dice que todos nuestros trastornos provienen de la mala distribución económica de nuestros recursos. En una palabra de la falta de dinero. Es situar la cuestión en un punto excesivamente material, puesto que los países más ricos, o los países en que existe una legislación económica que favorece con justicia a las clases desvalidas, la cultura es la parte más vital de la preocupación de los gobiernos. Allí se multiplican las bibliotecas. Se difunde la cultura desde la escuela y se coloca al niño en situación de defenderse, no sólo de los libros malsanos, sino también de su postura como ser humano, en frente de la realidad.



EL problema magno de la hora actual en Europa, según los escritores jóvenes es el desorden moral o la crisis del espíritu. El mundo en general no escapa a la inquietante interrogación que se ha levantado con motivo del desequilibrio económico y el avasallador impulso del maquinismo. La vanguardia del pensamiento europeo considera que si la crisis actual se deriva de la ruína de la civilización burguesa, procede con urgencia a sustituirla por una civilización mejor. Entre tanto el ambiente del mundo occidental está cargado de presagios y de inminencias revolucionarias. El hombre se ha transformado en el esclavo de la máquina y según el escritor Paul Jorland, cuyas son las observaciones que comentamos:

agonizamos—escribe—en el desorden porque hemos dejado acumularse los materiales sin preocuparnos de ordenarlos gradualmente y hemos confundido la abundancia con la riqueza.

Refiriéndose en seguida al espectro de la revolución que vaga invisible y concreto a un tiempo, por los rincones de la vieja Europa, agrega:

Esta revolución, presentida por todos los que piensan, deseada por todos los que sufren, tiene un rostro confuso y borroso. Y este es el aspecto trágico de la situación.

En efecto, nadie de los que dirigen los pueblos, política o espiritualmente, mantiene una doctrina coherente y adecuada. Es el caos en todo su horror; todo aparece turbio, oscuro, complejo, inasible. Las proposiciones parciales que se han lanzado—y pienso en las encíclicas del Papa tanto como en las del marxismo—revelan incomprensión, incoherencia. Cuando creemos estar en presencia de una filosofía coherente, encontramos que está basada no

sobre una certidumbre sino sobre un postulado. Y cuando se intenta o se aspira a encontrar en el marxismo un programa de acción, luego nos damos cuenta que se trata de una lucha de clases, como en tiempos de Spartaco.

Hay que advertir que el que eso escribe, no pertenece a la derecha reaccionaria sino que forma entre los espíritus más avanzados de Francia, los que tienen un sentido más hondo y libre de las luchas sociales y políticas europeas y que se agrupan en la célebre revista *Plans*. Añade Jorland:

Ninguna doctrina amplia y práctica se ofrece a nuestros espíritus inquietos; la mística, que es indispensable a la unanimitación de las mentalidades individuales, flaquea o se debilita; el entusiasmo decrece. Se vive al día, a la deriva. En fin hay carencia de jefes, digámoslo de una vez. No hay hombres lo bastante fuertes y poderosos espiritualmente, ni bastante sabios, para imponer su pensamiento a la humanidad desamparada. Si carecemos de doctrina ello se debe a que no hay jefes capaces de darnos una. Que no se nos hable de esos aventureros, que a manera de jefes, han logrado más o menos éxito en algunos países de Europa. Cada uno de ellos defiende su sola pitanza, despreocupados en absoluto del porvenir. La ambición de cada uno no está sin duda desprovista de grandeza, en conformidad con los viejos hábitos de razonar; pero es que el mayor de sus defectos consiste en que carecen de una doctrina completa y como sólo prosperan, combatiendo o ejercitando represalias, no pueden invocar ni la justicia, ni la razón, ni ningún ideal universalmente generoso.—M.

UNA ERRATA.

En el sumario del número anterior de *A t e n e a*, correspondiente a Agosto, aparece como escrito por nuestro colaborador, señor Mario Antonioletti, el artículo sobre economía: *¿Que es el Halie-sismo?* En realidad el error se debió a que dicha monografía fué traducida del italiano por el señor Antonioletti y su autor es el distinguido economista italiano, Profesor Salvador Alladena.